

Respiraciones

patria mía que estás en la tierra/
y respirás como podés/
y trabajás 14 horas diarias para comer/
y 24 horas por día para vivir/

más escondida que dolor en la noche/
al dolor le pisaron un pie/
renguea por la calle militar/
ese perro está inundado de viento/

de sus pulmones sube un ruiseñor
canta bajo la luna para abrigarte/país/
sopla la noche sudamericana
para que empiece el sol sobre vos/

¿quién canta olvidando el olvido?/
pasa un sueño lleno de sed/tirado por
tu nombre/
para cuidar tu belleza incesante/
como un astro de leche/

(De *Los poemas de José Galván*, 1982)

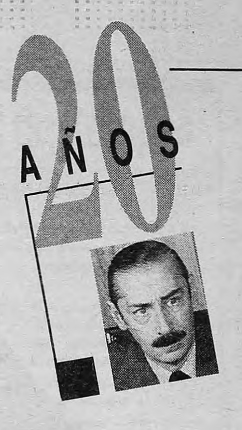
Juan Gelman, el más importante poeta argentino y columnista de **Página/12**, seleccionó especialmente los poemas de su autoría que abrirán las cinco entregas de este suplemento. La mejor y quizás única manera de transmitir la verdera historia de esos días.

El golpe de 1976 se diferenció en sangre de todos los anteriores. También por su política económica, que debe leerse como una bisagra en la historia argentina: no estuvo destinada a combatir la inflación y la falta de productividad, como alegó en su discurso de presentación José Martínez de Hoz, sino a sentar las bases del nuevo modelo que llega hasta hoy.

Economía política del terror

El gran OREJA

Miguel Martelotti



reportaje

Por Mario Wainfeld

Adolfo Canitrot (67 años) cada día se parece más al "duro" actor norteamericano Lee Marvin. Pero no luce muy duro este hombre que ha leído mucho, ha hecho mucha política, que disfruta dialogando. Su curriculum es impresionante: ingeniero civil, PH D. en Economía, prestigioso docente universitario, funcionario en el área económica durante los gobiernos de Isabel Perón y Raúl Alfonsín. Testigo calificado, es de los pocos que integró el gobierno democrático anterior y el inmediato posterior a la última dictadura militar.

–¿Qué pasó para usted personalmente el 24 de marzo de 1976?

–Yo trabajaba con Guido Di Tella que era subsecretario de (el ministro de Economía Antonio) Cafiero y con Allieto Guadagni. Yo era un "funcio", pero ellos me tenían confianza, pasé a gerente general. Estaba en todas las reuniones con Cafiero, escuchaba todos los chimentos, me la veía venir. Renuncié un mes antes del golpe. Pensé "hay que estar poco visible, mejor que no que me encuentre el interventor acá". Yo tenía unas expectativas horribles, vivía angustiado al máximo. Pero nunca pensé que pasaría lo que pasó. Por ejemplo, renuncié a mi cargo pero seguí yendo a la facultad. Me rajaron en la segunda clase. Llegué a la sala de profesores, nadie me miraba, todos miraban a la pared, se revisaban los zapatos, hasta que uno me avisó.

"El Estado podía gastar a cuenta, total todo el déficit lo pagaba la guita que venía de afuera."

–Usted tiene la patente de atribuirle un designio político nítido a la política económica de Martínez de Hoz, en un artículo publicado alrededor del '80 ¿Podría refrescarnos qué decía?

–Había un discurso del sector más intelectual del Gobierno (hace comillas con los dedos), que la posaba de liberal: Martínez de Hoz, Albano Harguindeguy: "Por ahora hay que reprimir. Pero eso no puede perdurar". Eso era una justificación moral para Martínez de Hoz o Juan Alemann. Ellos pretendían no ser represores, sino liberales en un gobierno transitoriamente represor. Eran como Mc Arthur: "Matamos a los japoneses y después transformamos el Japón". La transformación era una economía abierta, dominada por el mercado que no se podía hacer porque había resistencias, encarnadas por el peronismo. Ellos lo resolvían con una ecuación muy simple: "Liquidamos el convenio colectivo, (con lo que) liquidamos los sindicatos, (con lo que) liquidamos el peronismo". En una economía libre el peronismo no tenía razón de ser. Si se desarmaban las condiciones económicas que dieron origen al peronismo...

–¿Cuáles eran los instrumentos de largo plazo para desarmarlas?

–Limpiar, anular las regulaciones del mercado de trabajo. Hacer que funcionara sin necesidad de los horribles sindicalistas.

–¿Qué política de empleo tuvo el Proceso?

–Ninguna, pero el desempleo no aumentó. Eso sí: pasaron muchos de ser trabajadores dependientes a cuentapropistas.

–El núcleo era el mercado y no la reforma del Estado. Martínez de Hoz busca controlar el déficit pero no privatizar empresas públicas.

–En parte porque hay sectores militares (los Massera y no sólo Massera) que se le oponen con la ideología nacionalista de las FF.AA. de conservar las empresas públicas... y aumentarlas: crean la fábrica de submarinos, la escuela militar de aviones de Córdoba, Atucha.

–¿Martínez de Hoz no aplicó a rajatabla su plan?

–El plan de Martínez de Hoz tuvo varias etapas. Primero congeló los salarios, que en marzo del '76 estaban bajísimos, y los mantuvo congelados hasta julio y en esos meses hubo una inflación machaza. En julio empezó a indexar salarios no sé si porque quiso o porque los milicos se lo impusieron. En 1977 hay una expansión del PBI pero desde octubre aplica un plan ortodoxo de ajuste con control de oferta monetaria. Juan Alemann había bajado el déficit fiscal (muy ayudado por los salarios públicos congelados). Cae el PBI, en especial el industrial. Ahí surgen discusiones internas entre los militares. La inflación no baja y los salarios no suben. En abril del '78 cambia el rumbo general por dos grandes temas: la guerra con Chile y el Mundial de Fútbol. Los dos son objetivos que condicionan a Martínez de Hoz: en ambos casos los milicos estaban dispuestos a gastar cualquier plata. Juan Alemann se la pasaba a los gritos con Lacoste que se llevaba plata para

ADOLFO CANITROT

"Matamos y después abrimos la economía"

el Mundial. Se puso de moda la teoría monetaria del balance de pagos. Vino la famosa tablita de paridad cambiaria con el dólar. El Estado podía gastar a cuenta, total todo el déficit lo pagaba la guita que venía de afuera (ríe). Ahí se largaron a gastar sin plata: la papelera de Tucumán, el polo petroquímico, proyectos impresionantes, todos a la vez. Martínez de Hoz hizo un programa de estabilización pero no controlaba el déficit fiscal. Se salvó de una crisis política pero traicionando su "ideología", expandiendo el gasto, con inflación. Entonces hubo otro cambio, más político: en vez de crear un mercado para aniquilar a los sindicatos los militares empezaron a seducir a sindicalistas. De "liberales" que tragaban sapos para hacer algo distinto pasan a tragar sapos nomás. Y les gusta.

"Cuando usted abre una economía cerrada, el consumidor podrá criticar al Gobierno pero está fascinado."

–Es la etapa de la plata dulce, la importación desaforada, mucha clase media viajando al exterior. ¿Eso promueve consenso?

–Y claro. Es muy parecido a lo que pasó ahora, en 1991. Cuando usted abre una economía cerrada, el consumidor podrá criticar al Gobierno pero está fascinado. Puede viajar a Miami, comprar un auto importado, chiches. Eso da un apoyo ligado a las clases medias.

–La economía empieza a hacer agua con el propio Martínez de Hoz.

–En marzo del '80 quiebra el Banco de Intercambio Regional. En setiembre Oxenford, el presidente de la UIA, rompe con el Gobierno con un famoso discurso. Los empresarios apoyaron la política económica del Proceso porque castigaba a los obreros, hasta que se dieron cuenta de que el mercado abierto los jodía a ellos. Miguel Roig (el que fue ministro de Menem) me reconocía amargamente que se había equivocado. El sector agrario que, devaluación inicial mediante, apoyaba con todo a Martínez de Hoz se le dio vuelta. Todo el viejo establishment se le da vuelta.

–Cuando llegaron Viola y Sigaut se les cayó la estantería. Era inexorable.

–Si usted devalúa en un gobierno que está en caída... (hace una cruz con las manos).

–Pero con Roberto Alemann a fines del '81 hay otro ajuste.

–Hace lo mismo que su hermano Juan. Congela salarios y con eso equilibra cuentas.

–Y como su hermano hace caja para una guerra (la de Malvinas). ¿Sabía Alemann "de antes" que venía la guerra o se enteró por los diarios?

–No sé. En ninguno de los dos casos queda muy bien parado.

–¿Martínez de Hoz tenía en la cabeza la capitalización de la deuda, digamos en 1976 o 1977?

–No estoy seguro, pero no lo creo. Esa idea no estaba en la calle. Surge bastante después, cuando los bancos ven que la deuda es impagable.

–El peronismo perdió en el '83 y Juan Alemann escribió un famoso artículo titulado "De nada Raúl" explicando que la política del Proceso había favorecido el triunfo de la UCR sobre el PJ.

–No se acordaba de lo que pasó después de 1978. Ni del Pacto militar- sindical. Los que hicieron ese pacto debieron decir "de nada Raúl" (risas).

–Lo que usted profetizó como designio de Martínez de Hoz se cumple. Los pobres ahora votan como les conviene a los ricos.

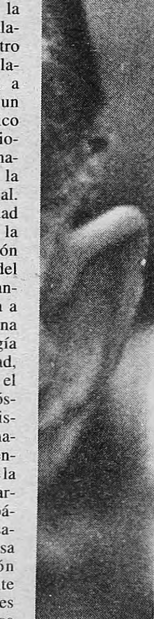
–La apertura de la economía destruyó bastante y el desempleo completó el círculo. ¿Podría haber inflación tan baja en la Argentina si hoy hubiera pleno empleo o casi?

–Usted se animó a criticar a la dictadura por escrito cuando casi nadie lo hacía ¿tuvo problemas?

–Ninguno. Pero a nuestro centro de estudios –dirigido por Sourrouille– que era muy concurrido por meses no fue nadie. Ibamos por las tardes y estábamos solos. Y en la revista que yo dirigía y en la que colaboraba mucha gente por mucho tiempo sólo recibí colaboraciones referidas a lahistoria: "El rol de la encomienda en el Alto Perú entre 1672 y 1688" "El pensamiento económico inglés en el siglo XVI" (ríe).

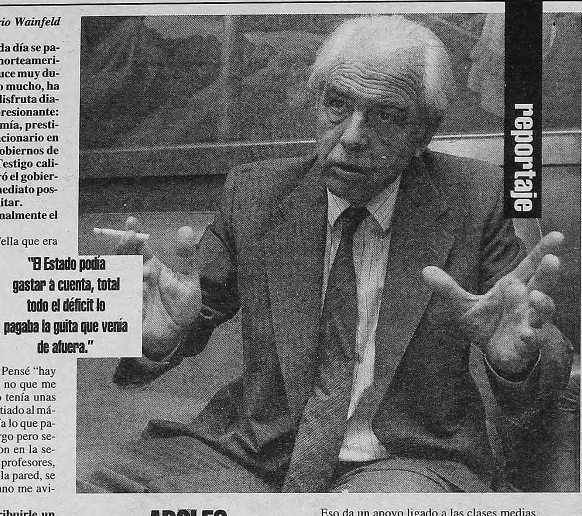
(*Por Jorge Schvarzer*) El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 surgió como una nueva vuelta de tuerca de la serie de golpes militares que habían caracterizado la vida política argentina desde 1930. La inercia de las imágenes de ese pasado heredadas por la conciencia social contribuyó a inhibir entre gran parte de la población (al menos durante una primera etapa) el reconocimiento de que se trataba de un golpe distinto, mucho más represivo y sangriento que los anteriores; en los hechos, que se estaba ante un cambio cualitativo en el sistema de poder y su relación con la sociedad. La misma visión errónea se repitió frente a la política económica. El arribo del equipo dirigido por J. A. Martínez de Hoz al Ministerio de Economía parecía ofrecer un *revival* de casos previos; al fin y al cabo, en todos ellos, las cúpulas militares habían irrumpido en la Casa Rosada acompañadas por representantes de las teorías ortodoxas sustentados por poderosos círculos externos y buena parte de las elites tradicionales locales.

Si esos mismos fenómenos se hubieran repetido, podía esperarse el deterioro del poder del equipo y su reemplazo por figuras de tendencias distintas, como había ocurrido en experiencias previas. Si el ministro reflexionó sobre esos antecedentes (en los que también él fue parte) debería haber decidido que era necesario encontrar una manera de asegurar su permanencia en el poder de modo que su política prevaleciera en el largo plazo. Uno de los mecanismos posibles para ese objetivo residía en un cambio de prioridades de la política económica. Los hechos indican que se recurrió a ello. En vez de tratar de resolver los problemas acuciantes y graves de la coyuntura (marcada por la megainflación, la recesión y la caída del salario) el ministro exhibió una clara tendencia a promover un cambio básico en las condiciones de funcionamiento de la economía local.



La prioridad otorgada a la transformación profunda del sistema financiero, llevada a cabo con una notable energía y continuidad, contrasta con el propio diagnóstico del ministro, que afirmaba repetidamente en 1976 que la economía argentina era "básicamente sana". La escasa preocupación exhibida frente a los enormes costos inferidos al sistema productivo para im-

reportaje



Por Mario Wainfeld

Adolfo Canitrot (67 años) cada día se parece más al "duro" actor norteamericano Lee Marvin. Pero no luce muy duro este hombre que ha leído mucho, ha hecho mucha política, que disfruta dialogando. Su curriculum es impresionante: ingeniero civil, PH D. en Economía, prestigioso docente universitario, funcionario en el área económica durante los gobiernos de Isabel Perón y Raúl Alfonsín. Testigo calificado, es de los pocos que integró el gobierno democrático anterior y el inmediato posterior a la última dictadura militar.

–¿Qué pasó para usted personalmente el 24 de marzo de 1976?

–Yo trabajaba con Guido Di Tella que era subsecretario de (el ministro de Economía Antonio) Cafiero y con Allieto Guadagni. Yo era un "funcio", pero ellos me tenían confianza, pasé a gerente general. Estaba en todas las reuniones con Cafiero, escuchaba todos los chimentos, me la veía venir.

"El Estado podía gastar a cuenta, total todo el déficit lo pagaba la guita que venía de afuera."

Renuncié un mes antes del golpe. Pensé "hay que estar poco visible, mejor que no que me encuentre el interventor acá". Yo tenía unas expectativas horribles, vivía angustiado al máximo. Pero nunca pensé que pasaría lo que pasó. Por ejemplo, renuncié a mi cargo pero seguí yendo a la facultad. Me rajaron en la segunda clase. Llegué a la sala de profesores, nadie me miraba, todos miraban a la pared, se revisaban los zapatos, hasta que uno me avisó.

–Usted tiene la patente de atribuirle un designio político nítido a la política económica de Martínez de Hoz, en un artículo publicado alrededor del '80 ¿Podría refrescarnos qué decía?

–Había un discurso del sector más intelectual del Gobierno (hace comillas con los dedos), que la posaba de liberal: Martínez de Hoz, Albano Harguindeguy: "Por ahora hay que reprimir. Pero eso no puede perdurar". Eso era una justificación moral para Martínez de Hoz o Juan Alemann. Ellos pretendían no ser represores, sino liberales en un gobierno transitoriamente represor. Eran como Mc Arthur: "Matamos a los japoneses y después transformamos el Japón". La transformación era una economía abierta, dominada por el mercado que no se podía hacer porque había resistencias, encarnadas por el peronismo. Ellos lo resolvían con una ecuación muy simple: "Liquidamos el convenio colectivo, (con lo que) liquidamos los sindicatos, (con lo que) liquidamos el peronismo". En una economía libre el peronismo no tenía razón de ser. Si se desarmaban las condiciones económicas que dieron origen al peronismo...

–¿Cuáles eran los instrumentos de largo plazo para desarmarlas?

–Limpiar, anular las regulaciones del mercado de trabajo. Hacer que funcionara sin necesidad de los horribles sindicalistas.

–¿Qué política de empleo tuvo el Proceso?

–Ninguna, pero el desempleo no aumentó. Eso sí: pasaron muchos de ser trabajadores dependientes a cuentapropistas.

–El núcleo era el mercado y no la reforma del Estado. Martínez de Hoz busca controlar el déficit pero no privatizar empresas públicas.

–En parte porque hay sectores militares (los Massera y no sólo Massera) que se le oponen con la ideología nacionalista de las FF.AA. de conservar las empresas públicas... y aumentarlas: crean la fábrica de submarinos, la escuela militar de aviones de Córdoba, Atucha.

–¿Martínez de Hoz no aplicó a rajatabla su plan?

–El plan de Martínez de Hoz tuvo varias etapas. Primero congeló los salarios, que en marzo del '76 estaban bajísimos, y los mantuvo congelados hasta julio y en esos meses hubo una inflación machaza. En julio empezó a indexar salarios no sé si porque quiso o porque los milicos se lo impusieron. En 1977 hay una expansión del PBI pero desde octubre aplica un plan ortodoxo de ajuste con control de oferta monetaria. Juan Alemann había bajado el déficit fiscal (muy ayudado por los salarios públicos congelados). Cae el PBI, en especial el industrial. Ahí surgen discusiones internas entre los militares. La inflación no baja y los salarios no suben. En abril del '78 cambia el rumbo general por dos grandes temas: la guerra con Chile y el Mundial de Fútbol. Los dos son objetivos que condicionan a Martínez de Hoz: en ambos casos los milicos estaban dispuestos a gastar cualquier plata. Juan Alemann se la pasaba a los gritos con Lacoste que se llevaba plata para el Mundial. Se puso de moda la teoría monetaria del balance de pagos. Vino la famosa tablita de paridad cambiaria con el dólar. El Estado podía gastar a cuenta, total todo el déficit lo pagaba la guita que venía de afuera (ríe). Ahí se largaron a gastar sin plata: la papelera de Tucumán, el polo petroquímico, proyectos impresionantes, todos a la vez. Martínez de Hoz hizo un programa de estabilización pero no controlaba el déficit fiscal. Se salvó de una crisis política pero traicionando su "ideología", expandiendo el gasto, con inflación. Entonces hubo otro cambio, más político: en vez de crear un mercado para aniquilar a los sindicatos los militares empezaron a seducir a sindicalistas. De "liberales" que tragaban sapos para hacer algo distinto pasan a tragar sapos nomás. Y les gusta.

ADOLFO CANITROT

"Matamos y después abrimos la economía"

–Es la etapa de la plata dulce, la importación desaforada, mucha clase media viajando al exterior. ¿Eso promueve consenso?

–Y claro. Es muy parecido a lo que pasó ahora, en 1991. Cuando usted abre una economía cerrada, el consumidor podrá criticar al Gobierno pero está fascinado. Puede viajar a Miami, comprar un auto importado, chiches. Eso da un apoyo ligado a las clases medias.

–La economía empieza a hacer agua con el propio Martínez de Hoz.

–En marzo del '80 quiebra el Banco de Intercambio Regional. En setiembre Oxenford, el presidente de la UIA, rompe con el Gobierno con un famoso discurso. Los empresarios apoyaron la política económica del Proceso porque castigaba a los obreros, hasta que se dieron cuenta de que el mercado abierto los jodía a ellos. Miguel Roig (el que fue ministro de Menem) me reconocía amargamente que se había equivocado. El sector agrario que, devaluación inicial mediante, apoyaba con todo a Martínez de Hoz se le dio vuelta. Todo el viejo establishment se le da vuelta.

–Cuando llegaron Viola y Sigaut se les cayó la estantería. Era inexorable.

–Si usted devalúa en un gobierno que está en caída... (hace una cruz con las manos).

–Pero con Roberto Alemann a fines del '81 hay otro ajuste.

–Hace lo mismo que su hermano Juan. Congela salarios y con eso equilibra cuentas.

–Y como su hermano hace caja para una guerra (la de Malvinas). ¿Sabía Alemann "de antes" que venía la guerra o se enteró por los diarios?

–No sé. En ninguno de los dos casos queda muy bien parado.

–¿Martínez de Hoz tenía en la cabeza la capitalización de la deuda, digamos en 1976 o 1977?

–No estoy seguro, pero no lo creo. Esa idea no estaba en la calle. Surge bastante después, cuando los bancos ven que la deuda es impagable.

–El peronismo perdió en el '83 y Juan Alemann escribió un famoso artículo titulado "De nada Raúl" explicando que la política del Proceso había favorecido el triunfo de la UCR sobre el PJ.

–No se acordaba de lo que pasó después de 1978. Ni del Pacto militar- sindical. Los que hicieron ese pacto debieron decir "de nada Raúl" (risas).

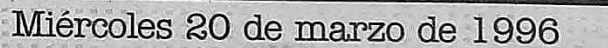
"Cuando usted abre una economía cerrada, el consumidor podrá criticar al Gobierno pero está fascinado."

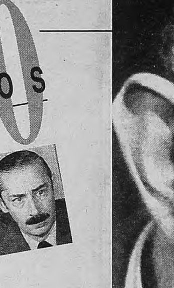
–Lo que usted profetizó como designio de Martínez de Hoz se cumple. Los pobres ahora votan como les conviene a los ricos.

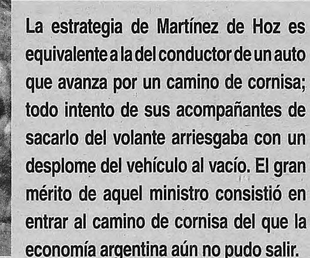
–La apertura de la economía destruyó bastante y el desempleo completó el círculo. ¿Podría haber inflación tan baja en la Argentina si hoy hubiera pleno empleo o casi?

–Usted se animó a criticar a la dictadura por escrito cuando casi nadie lo hacía ¿tuvo problemas?

–Ninguno. Pero a nuestro centro de estudios –dirigido por Sourrouille- que era muy concurrido por meses no fue nadie. Ibamos por las tardes y estábamos solos. Y en la revista que yo dirigía y en la que colaboraba mucha gente por mucho tiempo sólo recibí colaboraciones referidas a lahistoria: "El rol de la encomienda en el Alto Perú entre 1672 y 1688" "El pensamiento económico inglés en el siglo XVI" (ríe).






La estrategia de Martínez de Hoz es equivalente a la del conductor de un auto que avanza por un camino de cornisa; todo intento de sus acompañantes de sacarlo del volante arriesgaba con un desplome del vehículo al vacío. El gran mérito de aquel ministro consistió en entrar al camino de cornisa del que la economía argentina aún no pudo salir.

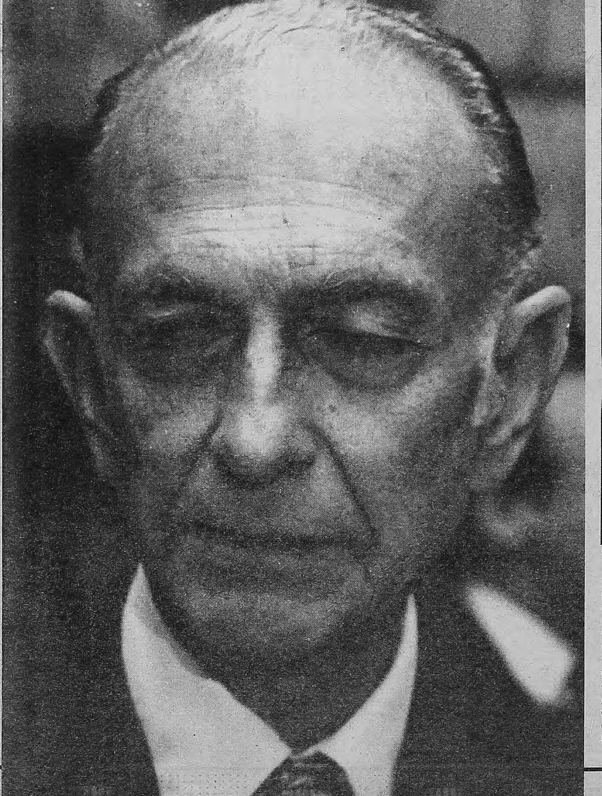
La política de la "guerra SUCIA"

(*Por Jorge Schvarzer*) El golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 surgió como una nueva vuelta de tuerca de la serie de golpes militares que habían caracterizado la vida política argentina desde 1930. La inercia de las imágenes de ese pasado heredadas por la conciencia social contribuyó a inhibir entre gran parte de la población (al menos durante una primera etapa) el reconocimiento de que se trataba de un golpe distinto, mucho más represivo y sangriento que los anteriores; en los hechos, que se estaba ante un cambio cualitativo en el sistema de poder y su relación con la sociedad. La misma visión errónea se repitió frente a la política económica. El arribo del equipo dirigido por J. A. Martínez de Hoz al Ministerio de Economía parecía ofrecer un *revival* de casos previos; al fin y al cabo, en todos ellos, las cúpulas militares habían irrumpido en la Casa Rosada acompañadas por representantes de las teorías ortodoxas sustentados por poderosos círculos externos y buena parte de las elites tradicionales locales.

Si esos mismos fenómenos se hubieran repetido, podía esperarse el deterioro del poder del equipo y su reemplazo por figuras de tendencias distintas, como había ocurrido en experiencias previas. Si el ministro reflexionó sobre esos antecedentes (en los que también él fue parte) debería haber decidido que era necesario encontrar una manera de asegurar su permanencia en el poder de modo que su política prevaleciera en el largo plazo. Uno de los mecanismos posibles para ese objetivo residía en un cambio de prioridades de la política económica. Los hechos indican que se recurrió a ello. En vez de tratar de resolver los problemas acuciantes y graves de la coyuntura (marcada por la megainflación, la recesión y la caída del salario) el ministro exhibió una clara tendencia a promover un cambio básico en las condiciones de funcionamiento de la economía local.

La prioridad otorgada a la transformación profunda del sistema financiero, llevada a cabo con una notable energía y continuidad, contrasta con el propio diagnóstico del ministro, que afirmaba repetidamente en 1976 que la economía argentina era "básicamente sana". La escasa preocupación exhibida frente a los enormes costos inferidos al sistema productivo para imponer dicha reforma sugiere lo contrario. El equipo económico hizo de la reforma financiera su bandera porque la percibía como central y pensaba que los problemas que originaba formaban parte de la solución deseada.

Ese énfasis requiere una explicación especial.

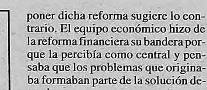


¿Lapsus o ingenuidad?

En su discurso-programa del 2 de abril de 1976, el ministro de Economía afirmó con énfasis que trataría de "pasar de una economía de especulación a una de producción". La frase ofrecía una luz de esperanza frente a los sinsabores generados por la ola megainflacionaria desatada en los meses previos al golpe de estado y que contribuyen a justificarlo. Más de uno de los oyentes supuso que se volvería a las condiciones normales de actividad económica de las décadas anteriores, caracterizadas por la promoción fabril en una economía cerrada.

La realidad fue muy diferente y la promoción a toda costa de los mercados financieros creó el ámbito para la especulación más abierta y desembozada que haya conocido el país. Las fortunas pasaban de mano en mano gracias a una transferencia de ingresos de sentido regresivo que fue la mayor conocida en términos absolutos y relativos. Entre el 10 y el 20 por ciento del producto bruto de la Argentina fue jugado cada año en la "timba" de la "patria financiera" hasta forjar la masa de dinero que se fugó al exterior o se convirtió en deuda externa al final de esa gestión.

Muchos piensan que Martínez de Hoz fracasó o se equivocó. Otros, más duros, imaginan que su promesa fue un verdadero *lapsus linguae*: el ministro debe haber querido decir que el país pasaría de una economía de producción a otra de especulación. Al menos, eso es lo que ocurrió.



Política económica y política de poder

Hasta entonces, sucesivos gabinetes económicos habían actuado en función de las reglas de juego del sistema, aceptadas de modo consciente o implícito por todos los participantes. A partir de marzo de 1976, el objetivo del principal jugador consistió en cambiar esas reglas del juego; con ese fin, actuó sobre un mercado que regula a todos los otros.

Comentaristas de diverso origen hacían un balance de la experiencia anterior señalando que resultaba necesario "detener el péndulo". La comparación graficaba las ideas: no se trataba sólo de llevar el péndulo al otro extremo sino de impedir que volviera a su posición anterior cuando cesara la fuerza que lo impulsaba.

Por esos motivos hemos planteado que la política económica implantada en 1976 no se puede analizar a partir de los cánones tradicionales (que suponen que los ministros de Economía tienen como objetivo la estabilidad de precios y el desarrollo productivo) sino como parte de una política de poder. Lo cierto es que en ese aspecto fue exitoso. El ministro logró un *record* de permanencia en el cargo (superado recién ahora por Domingo Cavallo), al mismo tiempo que exhibía una capacidad de decisión inédita hasta entonces (ídem).



Su poder no se explica por resultados objetivos. El ministro no logró reducir la inflación, pese a los costos impuestos por esa política. Tampoco logró impulsar el desarrollo mientras los salarios, y el empleo, tendían a la baja; para peor, dejó una secuela de precios distorsionados en el mercado interno y de deuda impagable en el frente externo que explican, por sí solos, la mayor parte de los problemas enfrentados por la economía argentina en toda la década del ochenta.

Su poder se explica cuando se tienen en cuenta las constantes y poderosas presiones tendientes a reemplazarlo. El ministro fue el primero en construir la "red de seguridad" para su presencia en el cargo que otros heredarían: una hipertrofia del mercado financiero que lo convierte en emperador económico, cuya evolución define la partida. Ese mercado protege a sus candidatos con la amenaza de una crisis si ellos se retiran (aunque sea dudoso que pueda premiarlos con el desarrollo si permanecen).

Hace más de diez años describimos la estrategia de Martínez de Hoz como equivalente al conductor de un auto que avanza por un camino de cornisa; todo intento de sus acompañantes de sacarlo del volante arriesgaba con un desplome del vehículo al vacío. El *mérito* de aquel ministro consistió en entrar al camino de cornisa del que la economía argentina aún no pudo salir.

Un balance negativo

Después de cinco años de gozar de todo el poder económico frente a una sociedad obligada al silencio, Martínez de Hoz dejó el gobierno con un balance que no se debe olvidar por difícil que resulte resumirlo.

El sistema bancario se había reducido a su mínima expresión debido al cierre de un centenar de entidades por presuntas defraudaciones jamás aclaradas. El Banco Central había adelantado el equivalente a cinco mil millones de dólares de esa época para cubrir ese agujero financiero que superaba con creces el déficit fiscal y alimentaba una renovada ola inflacionaria que resultó incontenible. La crisis bancaria contribuyó a recrear un sistema financiero paralelo y a alentar la fuga de capitales que se transformó en estampida ante la evidencia de que la crisis era más profunda que lo imaginado.

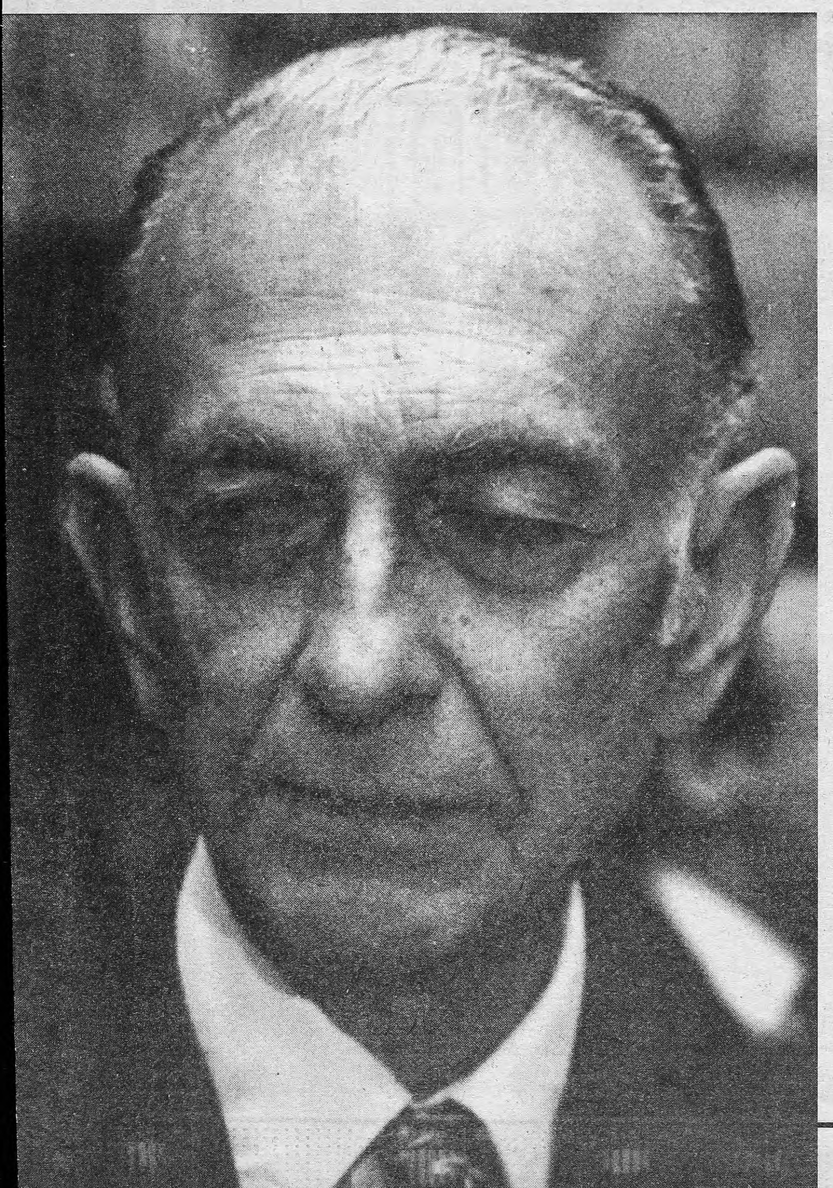
La deuda externa acumulada por esa gestión, que sólo fue utilizada para alimentar el mercado especulativo, había llegado a límites insostenibles y estaba tomada a plazos tan breves que hacía imposible cualquier solución más o menos "racional". Desde entonces, la deuda fue creciendo como bola de nieve por la simple acumulación de intereses sobre intereses sin que gobierno alguno pudiera recurrir al crédito externo para otro fin que el de pagar con esos fondos los compromisos previos. La deuda es el hilo que liga ese pasado con el presente que vivimos. El pecado original que seguimos pagando con dinero y con nuestra libra cotidiana de carne a la manera de Shylock.

La hipertrofia del sistema financiero coincidió con la destrucción del sistema productivo. El equipo económico llevó a cabo su propia guerra sucia contra la actividad fabril, desmontó el sistema de apoyos a la misma, y abrió la entrada a la competencia externa en condiciones que imposibilitan la respuesta de los empresarios locales. Los únicos avances importantes ocurridos entonces en el ámbito fabril fueron aquellos iniciados antes del golpe que el ministro no pudo detener. La inexistencia virtual de nuevos proyectos fabriles persistió desde entonces, debido a las incertidumbres del sistema creado, provocando el estancamiento de la actividad.

Para imaginar el deterioro basta con una hipótesis. Si la industria hubiera proseguido creciendo desde 1976 al ritmo del 6 por ciento anual característico de las décadas previas, hoy estaría ofreciendo el triple de bienes que los actuales. Esa masa de producto fabril hubiera hecho al país mucho más rico y más cercano al Primer Mundo que todo lo imaginado por la fantasía de los admiradores del ex ministro del golpe militar. Veinte años después, el balance resulta aún peor que en 1981.

La estrategia de Martínez de Hoz es equivalente a la del conductor de un auto que avanza por un camino de cornisa; todo intento de sus acompañantes de sacarlo del volante arriesgaba con un desplome del vehículo al vacío. El gran mérito de aquel ministro consistió en entrar al camino de cornisa del que la economía argentina aún no pudo salir.

La política de la "guerra SUCIA"



¿Lapsus o ingenuidad?

En su discurso-programa del 2 de abril de 1976, el ministro de Economía afirmó con énfasis que trataría de "pasar de una economía de especulación a una de producción". La frase ofrecía una luz de esperanza frente a los sinsabores generados por la ola megainflacionaria desatada en los meses previos al golpe de estado y que contribuyen a justificarlo. Más de uno de los oyentes supuso que se volvería a las condiciones normales de actividad económica de las décadas anteriores, caracterizadas por la promoción fabril en una economía cerrada.

La realidad fue muy diferente y la promoción a toda costa de los mercados financieros creó el ámbito para la especulación más abierta y desembozada que haya conocido el país. Las fortunas pasaban de mano en mano gracias a una transferencia de ingresos de sentido regresivo que fue la mayor conocida en términos absolutos y relativos. Entre el 10 y el 20 por ciento del producto bruto de la Argentina fue jugado cada año en la "timba" de la "patria financiera" hasta forjar la masa de dinero que se fugó al exterior o se convirtió en deuda externa al final de esa gestión.

Muchos piensan que Martínez de Hoz fracasó o se equivocó. Otros, más duros, imaginan que su promesa fue un verdadero *lapsus linguae*: el ministro debe haber querido decir que el país pasaría de una economía de producción a otra de especulación. Al menos, eso es lo que ocurrió.

poner dicha reforma sugiere lo contrario. El equipo económico hizo de la reforma financiera su bandera porque la percibía como central y pensaba que los problemas que originaba formaban parte de la solución deseada.

Ese énfasis requiere una explicación especial.

Política económica y política de poder

Hasta entonces, sucesivos gabinetes económicos habían actuado en función de las reglas de juego del sistema, aceptadas de modo consciente o implícito por todos los participantes. A partir de marzo de 1976, el objetivo del principal jugador consistió en cambiar esas reglas del juego; con ese fin, actuó sobre un mercado que regula a todos los otros.

Comentaristas de diverso origen hacían un balance de la experiencia anterior señalando que resultaba necesario "detener el péndulo". La comparación graficaba las ideas: no se trataba sólo de llevar el péndulo al otro extremo sino de impedir que volviera a su posición anterior cuando cesara la fuerza que lo impulsaba.

Por esos motivos hemos planteado que la política económica implantada en 1976 no se puede analizar a partir de los cánones tradicionales (que suponen que los ministros de Economía tienen como objetivo la estabilidad de precios y el desarrollo productivo) sino como parte de una política de poder. Lo cierto es que en ese aspecto fue exitoso. El ministro logró un *record* de permanencia en el cargo (superado recién ahora por Domingo Cavallo), al mismo tiempo que exhibía una capacidad de decisión inédita hasta entonces (ídem).

Su poder no se explica por resultados objetivos. El ministro no logró reducir la inflación, pese a los costos impuestos por esa política. Tampoco logró impulsar el desarrollo mientras los salarios, y el empleo, tendían a la baja; para peor, dejó una secuela de precios distorsionados en el mercado interno y de deuda impagable en el frente externo que explican, por sí solos, la mayor parte de los problemas enfrentados por la economía argentina en toda la década del ochenta.

Su poder se explica cuando se tienen en cuenta las constantes y poderosas presiones tendientes a reemplazarlo. El ministro fue el primero en construir la "red de seguridad" para su presencia en el cargo que otros heredarían: una hipertrofia del mercado financiero que lo convierte en emperador económico, cuya evolución define la partida. Ese mercado protege a sus candidatos con la amenaza de una crisis si ellos se retiran (aunque sea dudoso que pueda premiarlos con el desarrollo si permanecen).



Hace más de diez años describimos la estrategia de Martínez de Hoz como equivalente al conductor de un auto que avanza por un camino de cornisa; todo intento de sus acompañantes de sacarlo del volante arriesgaba con un desplome del vehículo al vacío. El *mérito* de aquel ministro consistió en entrar al camino de cornisa del que la economía argentina aún no pudo salir.

Un balance negativo

Después de cinco años de gozar de todo el poder económico frente a una sociedad obligada al silencio, Martínez de Hoz dejó el gobierno con un balance que no se debe olvidar por difícil que resulte resumirlo.

El sistema bancario se había reducido a su mínima expresión debido al cierre de un centenar de entidades por presuntas defraudaciones jamás aclaradas. El Banco Central había adelantado el equivalente a cinco mil millones de dólares de esa época para cubrir ese agujero financiero que superaba con creces el déficit fiscal y alimentaba una renovada ola inflacionaria que resultó incontenible. La crisis bancaria contribuyó a recrear un sistema financiero paralelo y a alentar la fuga de capitales que se transformó en estampida ante la evidencia de que la crisis era más profunda que lo imaginado.

La deuda externa acumulada por esa gestión, que sólo fue utilizada para alimentar el mercado especulativo, había llegado a límites insostenibles y estaba tomada a plazos tan breves que hacía imposible cualquier solución más o menos "racional". Desde entonces, la deuda fue creciendo como bola de nieve por la simple acumulación de intereses sobre intereses sin que gobierno alguno pudiera recurrir al crédito externo para otro fin que el de pagar con esos fondos los compromisos previos. La deuda es el hilo que liga ese pasado con el presente que vivimos. El pecado original que seguimos pagando con dinero y con nuestra libra cotidiana de carne a la manera de Shylock.

La hipertrofia del sistema financiero coincidió con la destrucción del sistema productivo. El equipo económico llevó a cabo su propia guerra sucia contra la actividad fabril, desmontó el sistema de apoyos a la misma, y abrió la entrada a la competencia externa en condiciones que imposibilitan la respuesta de los empresarios locales. Los únicos avances importantes ocurridos entonces en el ámbito fabril fueron aquellos iniciados antes del golpe que el ministro no pudo detener. La inexistencia virtual de nuevos proyectos fabriles persistió desde entonces, debido a las incertidumbres del sistema creado, provocando el estancamiento de la actividad.

Para imaginar el deterioro basta con una hipótesis. Si la industria hubiera proseguido creciendo desde 1976 al ritmo del 6 por ciento anual característico de las décadas previas, hoy estaría ofreciendo el triple de bienes que los actuales. Esa masa de producto fabril hubiera hecho al país mucho más rico y más cercano al Primer Mundo que todo lo imaginado por la fantasía de los admiradores del ex ministro del golpe militar. Veinte años después, el balance resulta aún peor que en 1981.



Por José Pablo Feinmann

Trabex

No recuerdo el titular de *La Razón* del 20 de marzo de 1976. Recuerdo, sí, la modalidad que todos los titulares de ese diario tenían durante esos días: anunciaban, en grandes letras negras, la inminencia del golpe. Yo me había vuelto taciturno. Hablaba poco. Me sabía mal informado. O escasamente informado. O tal vez creía que no había información. Que nadie sabía nada.

Recuerdo haber leído en un diario la noticia del asesinato de un sindicalista. Lo mataron en su casa. "Su mujer y sus hijos pidieron por su vida –decía el texto– pero fue ametrallado en presencia de ellos." Uno estaba acostumbrado a encontrar la obscenidad de la muerte en las páginas de los diarios. Pero, no sé, ésta prefiguró para mí el horror que se avecinaba: no podía dejar de pensar en esa mujer y en esos hijos pidiendo piedad a los asesinos. Imaginaba, luego, a los asesinos matando a ese hombre en presencia de los seres que lo amaban. Busqué, entonces, un teléfono y llamé a un amigo que era concejal en Vicente López. Le pregunté qué sabía, si es que algo sabía. Me dijo: "Todos se rajan o buscan abogados".

Regresé a mi casa. Abrí la puerta y miré la cerradura: era una *Llavex*, una sencilla *Llavex*; una de esas cerraduras que no parecen haber sido hechas para detener a nadie, sino sólo para cerrar la puerta. Había venido con el departamento. Un departamento que yo había comprado cerca de un año atrás y del que aún –extrañamente, supongo– no me sentía propietario. Decidí ir a la cerrajería. Quedaba a una cuadra. Llegué y le pedí al cerrajero una *Trabex*. No podría explicar por qué, pero para mí, ese 20 de marzo de 1976, todo el amparo del mundo (toda posibilidad de no morir injuriado y avasallado en el interior del hogar como ese sindicalista) se cifró en poner una *Trabex* en la puerta de mi casa.

El cerrajero fue generoso. Atardecía y no me dijo: "Venga mañana". Me dijo: "Voy con usted". Tomó la *Trabex*, una pequeña caja metálica, cerró el negocio y caminó conmigo la cuadra que nos separaba de mi departamento. No hablamos de política. No hablamos de lo que todos hablaban: del golpe. Sólo caminamos esa cuadra, entramos en el ascensor del edificio, subimos hasta el octavo piso –ahí estaba mi casa, ahí estaba mi puerta– y él abrió su caja metálica, extrajo un pequeño taladro y taladró, con sabia precisión, la puerta, que estalló en aserrines que me parecieron tan súbitos y excesivos como fuegos artificiales. Luego colocó la *Trabex*. Le pagué, estreché su mano y no podría decir si volví a verlo de nuevo. La llave de la *Trabex* era robusta: un cilindro central y dos paletas dentadas que se desprendían a izquierda y derecha. La introduje en la cerradura y cerré con dos vueltas.

Eso hice el 20 de marzo de 1976: poner una *Trabex* entre la Junta Militar argentina y yo. Increíblemente, estúpidamente me sirvió para dormir mejor esa noche. Y ninguna otra más.

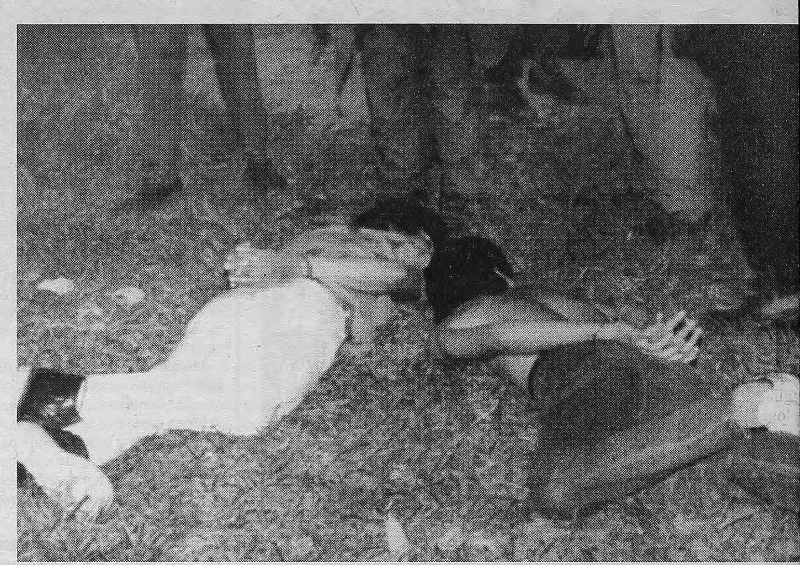
Página/12
SABADO 20 DE MARZO DE 1976

El alejamiento de López Rega no detuvo el accionar de grupos armados que con total impunidad secuestraron y asesinaron entre ayer y hoy a dieciséis personas, la mayoría de ellas obreros y estudiantes. En círculos políticos se estima que las Fuerzas Armadas absorbieron la estructura de la Triple A para crear un clima de terror que propicie el golpe de Estado. La inflación de los últimos doce meses fue del 423 por ciento, según el INDEC.

(*Por Luis Bruschtein*) **"El calendario de su reloj está detenido." Con estas palabras nada enigmáticas, que el comandante del Ejército teniente general Jorge Rafael Videla dirigió al ministro de Defensa José Alberto Deheza, se acentuó aún más la sensación de que habrá una definición inminente a la crisis política y social de la Argentina. La palabras de Videla tuvieron aún más resonancia hoy cuando el país conoció dos índices que se sintieron como latigazos: En las últimas 24 horas fueron asesinadas 16 personas, la mayoría de ellas estudiantes y trabajadores que habían sido previamente secuestrados para aparecer poco después acribillados a balazos y con las manos atadas a la espalda. El otro índice fue el de la inflación. Según el INDEC, en los últimos doce meses trepó hasta el 423 por ciento, aunque algunos economistas estiman que podría ser aún más alta.**

En el acto del 164º Aniversario del Regimiento de Granaderos, el titular de esa unidad, coronel Rodolfo Wehner, exhortó hoy a los conscriptos que cumplieron su servicio militar: "Cuando vuelvan a empuñar las armas de la paz –dijo– pensad en nuestro Ejército, en este Ejército que riega con cada gota de sangre el alma de sus componentes para dar mayor vigor a su a veces solitario sacrificio hasta que sean aniquilados definitivamente los asesinos rechazados por Dios, por la Patria, por sus hogares y por su pueblo".

El lunes de esta semana estalló una bomba, supuestamente de Montoneros, en las inmediaciones del Comando en Jefe del Ejército que produjo muertos y heridos. Las indignadas palabras del coronel aludían a estas víctimas, pero su encendida oratoria ignoró los 16 asesinatos que se produjeron en las últimas 24 horas con total impunidad. En los medios políticos se estima que tras el alejamiento del ex ministro José López Rega, la Triple A fue absorbida por las Fuerzas Armadas ya que sería imposible de otra manera que una secuela de 16 secuestros y asesinatos pudiera quedar impune.



16 secuestros y asesinatos en las últimas 24 horas

Las cifras del TERROR

Tres de las víctimas eran obreros de Astilleros Río Santiago, de Ensenada, que ayer debió cerrar sus puertas por disturbios gremiales. No es casual que en la misma noche del día en que se suscitó el conflicto, tres obreros, Fortunato Agustín Andreucci, José Luis Lucero y Jorge Gutzos, de 55, 29 y 40 años respectivamente, hayan sido secuestrados de sus hogares por nutridos grupos armados que actuaron con total tranquilidad. Los cadáveres acribillados a balazos fueron encontrados más tarde en la zona de Abasto.

En un foso ubicado en las cercanías de Coronda fueron hallados los cadáveres de cuatro mujeres de entre 16 y 25 años, también con signos de tortura y con numerosos orificios de bala. Las agencias de noticias dicen que se trataría del surgimiento de un comando de moralidad porque, al parecer, las cuatro mujeres eran prostitutas. En Mendoza, donde hoy se efectuó una marcha de las cacerolas en protesta por el alza de los precios, el estudiante de ingeniería Mario Susso, de 27 años, y la profesora de literatura Susana Bermejillo de Carrizo, de 25 años, fueron secuestrados de sus domicilios y sus cuerpos acribillados fueron encontrados más tarde. Los otros casos se verificaron en Las Heras, Mendoza, en la zona de Tigre, en San Vicente y en La Plata.

En San Luis se informó hoy que como resultado de distintos operativos antisubversivos fueron detenidas diez personas, entre ellas Virgilio Rossi, titular del Sindicato de Trabajadores de Vialidad Nacional.

Tras el atentado del lunes 15, el Ejército se limitó a emitir un escueto comunicado. Pero evidentemente, más que hablar las Fuerzas Armadas se están expresando por otros medios, precipitando la espiral de la represión ilegal a niveles de espanto. El exabrupto del general Videla al ministro Deheza fue rectificado poco más tarde por un vocero castrense, quien aseguró que el alto jefe militar se había limitado a explicar que su "reloj no tenía calendario".

Más allá de la broma, la frase de Videla dio a entender que las Fuerzas Armadas ya habrían tomado una decisión y que sobre toda la sociedad civil pende la amenaza de un golpe militar. Por esta razón los políticos se han lanzado a una dramática carrera contra el reloj. Algunos de ellos estiman que la escalada de violencia con hechos como los conocidos hoy constituyen una forma de profundizar el clima de terror e intranquilidad que pueda abrir las puertas al golpe.

El propio Alvaro Alsogaray, un conocedor del ámbito militar, dio a publicidad hoy una declaración donde, bajo el título "Hay que saber esperar", afirma que "nada sería más contrario a los intereses del país que precipitar en estos momentos un golpe. Las Fuerzas Armadas supieron retirarse en mayo de 1973 de la escena política –continúa– y no deberían volver a ella sino cuando esté realmente en peligro la supervivencia misma de la libertad". Más adelante se pregunta "¿Por qué habría un golpe de Estado de liberar a los dirigentes políticos de su responsabilidad? ¿Por qué cargar con el desastre facilitándoles al mismo tiempo que escapen indemnes y gratuitamente de la trampa en que se han metido?". En su documento, Alsogaray augura que en los próximos tres meses se producirá un colapso económico que deberán afrontar quienes lo generaron y aconseja a las Fuerzas Armadas prepararse para una operación de rescate que, en su fuero íntimo, considera "inevitable", aunque no inminente.

Pero el gobernador del Chaco y vicepresidente primero del justicialismo, Felipe Deolindo Bittel, declaró hoy que la convocatoria a la reunión multipartidaria con la UCR y otras agrupaciones constituye la solución para afianzar las instituciones y descartó la posibilidad de que se produzca un golpe militar. Bittel aseguró que "un golpe militar sería un salto al vacío y a los peronistas no nos asusta". El dirigente justicialista aseguró que la presidenta María Estela Martínez "está en buenas condiciones de salud" y "se halla en condiciones inmejorables para cumplir su misión". Lo cierto es que la presidenta no asistió hoy al acto en Granaderos y que, pese a la gravedad del momento, cuando el país parece derrumbarse, permanece recluida sin asistir a actos públicos.

Gol de Kempes

La buena noticia de hoy fue el triunfo en Kiev de la selección argentina que dirige Luis Menotti sobre el seleccionado de la Unión Soviética con un gol de Mario Kempes. "La maniobra del gol –señalan los cables de agencia– se inició en los pies de Bochini, continuó con un doble amague de Luque por el costado derecho y fue cerrada por una decidida entrada del goleador visitante: aventajó en carrera al desesperado cierre de Abramov y doblegó con un violento zurdazo a Projórov cuando éste iniciaba su salida del arco."

Colapso automotor

La Asociación que reúne a las fábricas de automotores emitió hoy una declaración donde señala que desde que el ministro de Economía Emilio Mondelli "anunció medidas de emergencia consistentes en una fuerte devaluación y en marcados aumentos tarifarios, comenzaron a desarrollarse paros, asambleas y trabajos a desgano, quites de colaboración y otras medidas de fuerza en las plantas de todo el país que afectan también a las fábricas de autopiezas y a las agencias". Los industriales afirman que en las ocho jornadas hábiles que van del día 8 al 17, el sector apenas pudo producir 5600 vehículos. Sin embargo, por falta de piezas y elementos indispensables, sólo salieron terminados de línea 1341 rodados. Ello significa que sólo se cumplió el 16 por ciento del programa que se habían dado las empresas.